

AVENIDA PERÚ:

EL SECRETO MEJOR GUARDADO

Hace más de 45 años era una franja tranquila que se extendía entre las calles Dominica y Valdivieso. Un reducto de bellos caserones habitados por acomodados inmigrantes, en su mayoría árabes. Pero el día que la Avenida Perú se abrió hacia El Salto todo cambió. Hoy la zona lucha por renovarse sin traicionar el espíritu de su pasado.

Por Bárbara Lichnovsky • Fotos Vivi Peláez

Una bomba YPF marca el inicio del que una vez fuera considerado el “barrio alto” de nuestra capital. Junto a ella aparece un amplio bandejón central, cuyos árboles y verdes

prados recién han comenzado a recuperarse del invierno. A poco avanzar, emergen hermosas casas cuyos muros revelan el paso inevitable del tiempo. Algunas aún están habitadas por aquellos inmigrantes que a principios de siglo se instalaron en el barrio. Otras se han convertido en locales comerciales, nuevos restaurantes o centros de eventos.

Claro que desde sus ventanas no sólo se vislumbra el cerro San Cristóbal. Modernos edificios y gigantescas grúas también se hacen parte del paisaje urbano. Es que la Avenida Perú es un sector en pleno desarrollo, donde constructoras como Geosal, Desco y Novatec levantan flamantes departamentos de hasta 21 pisos de altura.

Para Paulina Ahumada, asesora urbanista de la Municipalidad de Recoleta, no es de extrañar que el barrio atraiga nuevos proyectos. “Es una zona privilegiada dentro de la comuna. Tiene condiciones ambientales, de calidad del entorno geográfico que son muy buenas”, afirma. A ello se suma su cercanía con el centro de Santiago y su conectividad con otros puntos de la capital. Por ejemplo, en 2004, a pocos pasos de distancia se inauguraron dos nuevas estaciones de la línea dos del Metro: Patronato y Cerro Blanco. Es por ello que la apuesta del municipio es potenciar estas cualidades, convirtiendo el sector en un polo de atracción residencial, gastronómico y cultural.

La idea de fondo es revitalizar un barrio que ha dejado huella en la historia de Recoleta. Porque a pesar del incesante flujo vehicular y el ruido de las maquinarias, la Avenida



La idea de fondo es revitalizar un barrio que ha dejado huella en la historia de Recoleta. Porque a pesar del incesante flujo vehicular y el ruido de las maquinarias, la Avenida Perú mantiene mucho de su encanto.



Perú mantiene mucho de su encanto. Como dice la señora Érica, quien desde los cinco años vive en la zona: “Es cierto que el entorno ha cambiado, pero sigue siendo un bonito lugar”. Por eso, a diferencia de muchos otros propietarios, ella todavía no piensa vender su casa. “La compró mi abuela, antes de que yo naciera, hace 70 años”, explica.

LOS PRIMEROS TIEMPOS

La historia del barrio comenzó mucho antes de que llegara Érica. De hecho, ni siquiera se llamaba Avenida Perú. Era simplemente parte de los terrenos que en 1558 Rodrigo de Quiroga y su esposa Inés de Suárez donaron a la orden de los Dominicos. Una hacienda que se extendía desde la actual calle Dominica, sobrepasaba el cerro Blanco y se prolongaba hasta los faldeos del cerro San Cristóbal. Fueron ellos los que a principios del siglo pasado decidieron lotear esa zona de chacras y sembradíos. Luego, un plan de urbanización de Recoleta trazó allí una avenida llamada Villanueva, que más tarde cambiaría su nombre por el de Perú.

Poco a poco empezarían a llegar los inmigrantes. Por lo general eran árabes de Siria y Palestina que profesaban la religión cristiana ortodoxa. Gracias a sus esfuerzos en el área del comercio y la industria, muchos lograron cierta bonanza económica y se instalaron en el sector. La historia oficial dice que fueron ellos los que levantaron las bellas edificaciones que adornaron la Avenida Perú. No obstante, para Nimer Sarrás, quien junto a su hermano administra el tradicional restaurante Omar Khayyam, esto es simplemente un mito. “La colectividad llegó a vivir aquí a fines de los 40 y los 50, y estas casas ya habían sido construidas para esa fecha”, afirma. Una apreciación con la que coincide el actor Felipe Izquierdo, quien maneja la Casa Baco, un centro cultural que desde hace un año funciona en el barrio: “Parece que toda esta zona fuera árabe, pero eso es un poco posterior”.

Verdad o ficción, lo cierto es que las edifica-

ciones revelan lo que Sarrás llama un “estilo ecléctico”. Su arquitectura es una mezcla de corrientes, que va desde lo clásico, con elementos como los arcos de medio punto, hasta lo colonial. Incluso hay construcciones propias del estilo gótico inglés, como la Casa Baco, un verdadero castillo en cuya fachada se asoman curiosas gárgolas. Los vitraux también son algo recurrente, según dice el administrador del Omar Khayyam. En efecto, en su restaurante hay algunos bastante curiosos. “Habitualmente se hacen con motivos religiosos o con juegos de colores. Aquí algunos muestran obras viales, grúas, puentes. Eso nos hizo pensar que originalmente era de un constructor civil, ingeniero o masón”, señala.

Los “antiguos” del sector, como Willy Neno, aún recuerdan la majestuosidad de esas casas edificadas en las primeras décadas del siglo XX. “Eran mansiones, construcciones realmente maravillosas. La que estaba al frente era gigantesca, tenía casi media cuadra. Era de una señora viuda que tenía un Mercedes Benz y andaba hasta con chofer. ¡En ese tiempo, olvídete! Era muy refinado el ambiente, había mucha gente elegante, muchos palos gruesos que eran industriales”, recuerda. Graciela Muñoz, encargada de la tienda Las Flores, tampoco ha olvidado esa vivienda: “Tenía

unos jardines preciosos que no te imaginas”. Pero su destino fue como el de muchos de los hermosos caserones que alguna vez engalanaron la Avenida Perú. “La vendieron a precio de huevo a la Sony”, cuenta Neno.

El Willy, como le dicen en el barrio, también vive en un inmueble que tiene cerca de cien años. Lo compró su padre Salomón, fallecido hace cuatro años, quien arribó a Chile a los 14 años. “Llegó arrancando de la guerra. Habían matado a sus padres, le habían robado las tierras, así que se vino para acá”, cuenta. Actualmente vive allí con su madre Sohava, de origen Sirio, y se dedica a vender productos árabes. Y aunque alguna vez fueron dueños de una fábrica de camisas en Recoleta, en este rubro también han logrado su éxito. “Nos tocan harto el timbre, porque ofrecemos cosas mucho más baratas y de mejor calidad que en patronato”, afirma Sohava.

Al igual que Graciela y Nimer, los Neno también guardan claramente en su memoria la imagen de esa avenida de antaño, esa que terminaba justo en Valdivieso. Ni un paso más allá.

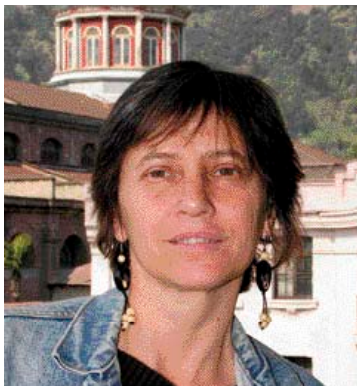
ESE REDUCTO EN RECOLETA

De acuerdo con el administrador del Omar Khayyam, antes de la década de los setenta la Avenida Perú “era una suerte de isla, una cuadra sin salida”. Llegaba hasta la calle Valdivieso, donde se estacionaba el funicular San Ramón. “Si querías trasladarte desde aquí a El Salto tenías que salir a Recoleta y volver a ingresar por una curva que se produce a la altura del 1.300”, explica. Una situación que según Sarrás sirvió como un “muro” que convirtió el sector en un reducto tranquilo y acogedor. “Había un ambiente absolutamente familiar. Todos nos conocíamos, había un mayor sentido de barrio. Yo estudiaba en el Murialdo y mis compañeros no vivían a más de 15 cuadras a la redonda del colegio. Todavía podías ir a almorzar a la casa y volver, con jornada completa”, recuerda.

Es que en aquellos tiempos la avenida era



Un proyecto de la Municipalidad de Recoleta pretende convertir el bandejón central de la Avenida Perú en un agradable circuito de paseo.



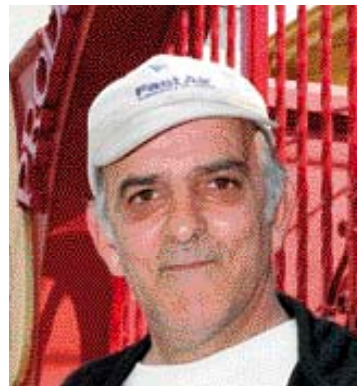
Paulina Ahumada, asesora urbanista de la Municipalidad de Recoleta.



Nimer Sarras, administrador del restaurante Omar Khayyam.



Graciela Muñoz, dueña de la tienda Flores.



Willy Neno, vendedor de productos árabes.

muy distinta a lo que la realidad actual nos presenta. “Esto era una alameda preciosa. En las veredas teníamos unos árboles inmensos”, afirma la señora Érica. No existía el ruido de los camiones, las grúas ni las YPF. “Era muy tranquilo. Ni siquiera era necesario cerrar la puerta. Había unos bancos en el parque (bandejón) donde nos sentábamos a tomar solcito después de almuerzo”, relata Sohove.

Un plácido entorno que era interrumpido de vez en cuando por alguna carroza fúnebre. “Pasaban cada cinco minutos arrastradas por caballos. Iban a los cementerios. Yo le decía a Salomón: ¿por qué me trajiste a esta casa a puro ver pasar muertos? Pero como él era tan machista, lo que quería se hacía”, cuenta riéndose.

Lo que Sohove sí recuerda con agrado es la intensa vida social que había en el barrio. “Teníamos un lote de amigos acá. Éramos como diez matrimonios que nos reuníamos a jugar cartas, a comer o tomar cafecito. Siempre una vez en cada casa”, relata. Claro que había otras entretenimientos. Según cuenta su hijo, lo más increíble eran las fiestas de Año Nuevo. “Terminaban bailando hasta los carabineros”, afirma. A ello se sumaba el diario El Hoción, que empezaba a venderse a las siete de la mañana. Era un éxito de ventas, dice Willy: “Tenía todos los chismes del barrio, tipo ‘La Toña salió con un compadre y volvieron de amanecida’”.

Por su parte, Nimer Sarrás afirma que existía una “convivencia muy sana entre todos los sectores sociales. Jugabas con cualquier niño a las bolitas y cuando querías hacer la cimarra sencillamente subías al cerro. Era como el patio trasero para todos los que tenemos cerca de 45 años”, dice.

Nimer también conserva otras memorias de su infancia: la camioneta verde de La Selecta, que les traía el pan; las botellas de leche que dejaban en su puerta y los dulces que pasaba vendiendo un señor en un canasto, siempre a las 4 de la tarde. Ricos brazos de reina y empanadas de alcayota. En aquel entonces, en su inocencia, Nimer ignoraba que todo eso cambiaría. Fue el día que la Avenida Perú se abrió al mundo.

AIRES DE CAMBIO

Fue el constructor Ricardo Alonso Lemu quien regaló a la municipalidad una parte de sus terrenos para que la avenida pudiera conectarse con El Salto. Éstos eran parte de lo que alguna vez fuera la próspera hacienda familiar. A partir de entonces, esa tranquila alameda se convertiría progresivamente en una zona transitada por ruidosos vehículos que se dirigían hacia el sur de la capital.

Como resultado, muchas de las familias árabes empezaron a trasladarse a otras zonas de Santiago. Primero al barrio El Golf y posteriormente, en los ochenta, a sectores como Los Dominicos y La Dehesa. Sus majestuosos caserones fueron reemplazados por talleres o industrias. En efecto, según Héctor Robles, dueño del restaurante Palestino, sólo algunos “antiguos” permanecen en el barrio. “Paisano joven queda muy poco, casi todos se han ido”, afirma.

El año 2000 hizo su aparición el primer edificio, según cuenta Paulina Ahumada.

Pronto le siguieron otros, al punto que hoy se ha convertido en un polo de desarrollo inmobiliario. Una oportunidad, señalan en la Municipalidad, de revitalizar un sector que durante años permaneció olvidado. Así lo manifiesta su asesora urbana: “La apuesta es a una renovación con vivienda en altura y de buena calidad”. A ello se suma un proyecto que pretende mejorar el bandejón central. Primero, creando una suerte de ciclovia. Ésta se conectaría con la que ya existe en la calle Pío Nono y con alguna de las estaciones del metro. Segundo, recuperando sus áreas verdes. Un plan que implica una inversión cercana a los 500 millones de pesos y que podría verse materializado en 2008. Además, de acuerdo con la directora del Secplac, Patricia Caballero, se planea hacer un soterramiento del cableado eléctrico, es decir, hundirlo bajo tierra. Para ella, la idea detrás de todos estos proyectos es una sola: “Hacer de la Avenida Perú un lugar acogedor, con harta actividad porque eso le da vida”. **EC**



La casa Baco ocupa el ex arzobispado cristiano ortodoxo.